

Libro que hace meditar y que obliga a plantearnos un problema de eliminación: ¿La vida o las normas morales? ¿El hombre con todas sus imperfecciones, o la perfección sin el hombre? ¿La quiebra de los valores morales, o el alza de los derechos vitales?

He aquí algo que el libro de Chuaqui no resuelve plenamente. Sin embargo, al terminar su lectura, la memoria nos va dictando esas ideas que yacen en el fondo de la conciencia y que sólo esperan la sacudida mínima para que se pongan en pie.

La vida y sus normas morales, estrictas y sin mácula, son dos valores, real el uno, posible el otro, que realizan su desenvolvimiento en un sentido de paralelismo próximo, pero de intersección dudosa. El hombre con todas sus imperfecciones será siempre la medida de todas las cosas. Y será misión augusta enriquecer nuestra conciencia con los valores humanos, esos valores heterogéneos, amasados de vicio y bondad, de ascensiones y caídas, de miradas puestas en lo alto y al mismo tiempo pegadas a la corteza de la tierra.

He aquí lo que la primera lectura de «Disquisiciones Intimas» me ha sugerido.

Cuidadosamente editada por «Orbe», agregan a la carrera literaria de Benedicto Chuaqui un nuevo acierto en el que se dan equilibrados propósitos y realización, fondo y cobertura literaria.—VICENTE MENGOD.



LA GENERACIÓN CHILENA DE 1842, por *Norberto Pinilla*.—
Ediciones de la Universidad de Chile, 1943

El 3 de mayo del año último se conmemoró el centenario del discurso que pronunció don José Victorino Lastarria al incorporarse a la Sociedad Literaria, subrayándose la significa-

ción y trascendencia que dicho discurso ha tenido en el desarrollo de la literatura chilena, pues las palabras de Lastarria pronunciadas en tal circunstancia, son consideradas como el punto inicial de un movimiento intelectual que cristaliza en varios acontecimientos reveladores de que por ese tiempo había en Chile una inquietud espiritual propia de nación formada. Todos esos acontecimientos intelectuales, promisorios de realizaciones fecundas, estudia y analiza Norberto Pinilla en su libro «La generación chilena de 1842».

La actividad desarrollada por Norberto Pinilla como profesor, crítico y ensayista le dan la autoridad suficiente para enfocar, a la luz de sus investigaciones y cultura, esta fecha auroral de la literatura chilena. Inicia Pinilla su libro con una sinopsis de la vida nacional en sus primeros años de país independiente. Por este motivo tiene que referirse a Portales, y aun cuando no le regatea su antipatía por sus actuaciones políticas de restricción de las libertades individuales, le reconoce su acción benéfica en cuanto puso orden y organización en el país, que por ese entonces estaba completamente anarquizado. En seguida hace Pinilla las semblanzas de Andrés Bello y de José Joaquín de Mora, quienes, sobre todo el primero, prepararon con sus enseñanzas y obras el terreno que más tarde había de fructificar en los discípulos que formaron. Bello y Mora aparecen retratados en sus rasgos característicos, con sobriedad y justeza. Acaso cabría ahondar más en la personalidad de Bello, destacando con mayor relieve el magisterio que ejerció como gramático, redactor del Código Civil y desde la Rectoría de la Universidad de Chile.

Con gran acierto, Pinilla subraya el espíritu organizador de don Manuel Montt, en cuyo decenio se fundan la Universidad de Chile y la Escuela de Preceptores, época en la cual llegan a Chile varios intelectuales extranjeros, como el colombiano Juan García del Río, y, especialmente, los argentinos Domin-

go Faustino Sarmiento y Vicente Fidel López, quienes venían huyendo de los rigores del absolutismo de Rosas.

Por las circunstancias anotadas, el año 1842 no es, como lo afirma Pinilla, «sólo una cómoda denominación histórica», aserto que justifica invocando las opiniones de Sarmiento y de don Miguel Luis Amunátegui, quienes dicen que ya en 1840 y en 1841 había en Chile manifestaciones culturales expresadas en la prensa, el teatro y la poesía lírica. Pero, la verdad es que en 1842 coinciden hechos notables en la vida intelectual chilena: fundación de la Universidad de Chile y de la Escuela Normal de Preceptores, y el discurso de Lastarria en la Sociedad Literaria, que tiene el mérito, entre otros, de estimular el cultivo de una literatura libre de influencias extranjeras. Sin duda por ello, Pinilla se detiene en la personalidad de Lastarria, presentándola en su recio perfil de escritor, político y publicista, y, especialmente, de maestro animador e impulsador de un núcleo de jóvenes que recogen su palabra y siguen su ejemplo.

En mayo de 1842, nos dice Pinilla, Vicente Fidel López publica en la «Revista de Valparaíso» su estudio «Clasicismo y romanticismo», el cual es impugnado por Salvador Sanfuentes y Jotabeche, suscitándose entre éstos y los argentinos—Sarmiento también interviene—una interesante polémica, que sacude a los espíritus cultos de esos tiempos. Otro hecho de significación literaria se produce en 1842. Ese mismo año, el 28 de agosto, Carlos Bello, hijo de don Andrés, estrena su drama «Los amores del poeta», considerado como la más genuina y primera manifestación romántica en Chile. También en 1842, Rafael Mienvielle estrena «Ernesto», drama de tesis, que es recibido, como el anterior, con aplausos del público. También destaca Pinilla el concurso literario que abrió ese año la Sociedad Literaria para conmemorar las fiestas patrias. Hechos todos éstos que refuerzan nuestras apreciaciones que el año 1842 hay en

Chile un despertar intelectual que se prolonga en un constante y fecundo desarrollo.

Capítulos especiales dedica Pinilla a Jotabeche y a Salvador Sanfuentes, poniendo de relieve la parte que a cada uno de éstos le corresponde en este amanecer de las letras nacionales. En un capítulo que llama «Conciencia nacional» deja la exposición de hechos y la presentación de personajes, para adentrar en la esencia de este movimiento. Dice que la generación chilena de 1842 no buscaba soluciones, sino planteaba problemas, entre otros, los siguientes: deshispanizarse (reacción anticolonial), chilenizarse, europeizarse, mejor dicho, afrancesarse, etc., y agregaríamos nosotros que estas dos ideas directrices, que informaron el pensamiento chileno en la pasada centuria: progreso y liberalismo, expresiones ambas hijas de la Enciclopedia y cuyo contenido doctrinario es difundido, primeramente, por la palabra fervorosa de Lastarria, siendo Francisco Bilbao quien la hace carne de su espíritu en sus viriles actitudes ciudadanas. Por esta razón, no nos parece justo que Pinilla se haya referido a ésta en forma incidental. Aun cuando coincidimos en sus apreciaciones respecto a su mediocridad como escritor y a su ninguna calidad de filósofo, la conducta moral y política de Bilbao ha ejercido gran influencia en los partidos de extracción popular, siendo su nombre levantado como símbolo de redención social.

Bien informado, con noticias bibliográficas abundantes, escrito en estilo animado, vibrante, de frase corta, donde no escasean los neologismos ni los cultismos, «La generación chilena de 1842» satisface una necesidad docente y cultural. Se puede estar en desacuerdo con alguna de sus apreciaciones y repararse su estilo; pero, por sobre todo ello, este libro es el más serio y vertebrado que se ha escrito sobre hechos y personajes que iluminaron con resplandores de aurora una etapa de la trayectoria de la cultura de Chile.